crímenes que reciben de la opinion pública, y que la educacion cubre con sus velos.

Los que quieren desviar la conciencia empiezan por apagar su antorcha; en otros términos, ahogan la razon que debiera servirnos de guia, descompletan el hombre.

Aislada de esta manera, la conciencia lo admite todo sin exámen alguno, glorifica el crímen y condena la virtud; sin embargo, con la condicion muy digna de notarse, de que se le presenta el crímen como una virtud y la virtud como un crímen.

Los *aliados* del Viejo de la Montaña y de Jaime Clemente elevan al cielo sus manos sangrientas, y mueren con apariencia de gloria y de santidad.

La conciencia, no por estar alegre y tranquila, es buena conciencia; es buena cuando es ilustrada á la par que tranquila.

Así llegamos á la conclusion rigurosa, de que nuestro solo medio de salvacion, entre tantas influencias mortales, es el conocimiento del deber y del derecho, es decir, de la verdad.

Pero ¿qué es la verdad? ¿y hay una verdad? y si la verdad existe, ¿dónde está la prueba de su existencia? ¿en dónde está su obra en esta tierra de decepciones? ¿quién, en medio de los errores de los pueblos, de los sistemas de los filósofos, de la embriaguez de nuestras pasiones, nos la manifestará? Este es sin duda uno de los estudios dignos del hombre: la verdadera educacion de la conciencia. A ella dedicaremos pues un libro entero: no pareciéndonos mucho emplear algunos centenares de páginas para poner patente la situacion moral del globo en el tiempo de Moises, de Sócrates y de Jesucristo, para medir los pasos del linaje humano en un camino de seis mil años.

CAPÍTULO XXXIII.

DEL DESARROLLO DE LA RAZON EN EL GLOBO.

El mundo, á mi parecer, no es mas que una gran familia. ¿Y era tal vez otra cosa en su orígen? ¡á qué pues el ansia de atribuirlo todo á los suyos, en un círculo tan limitado, si no es esto favorecer una parentela que recordamos, en perjuicio de otra olvidada!

(RICHARDSON, *Historia de Clarissa*, tom. 1.)

Hállanse en las verdades eternas recursos contra los errores transitorios.

(Madama de STAEL, *Alemania*, t. 1, p. 61.)

Si desplegamos las facultades de la inteligencia, veremos que nos da únicamente opiniones, habrá caos, divagaciones, sistemas, ningun principio. Los hombres de una sociedad, sometida á esta clase de educacion, tan solo se unen bajo la influencia de sus pasiones fugitivas; reunidos políticamente, quedan siempre moralmente aislados.

Si desplegamos las facultades del alma, brotan principios por todos lados: y en este caso los hombres vienen á parar á un corto número de verdades, que son espontáneas expresiones de la razon pura, y que constituyen el linaje humano. Es de mucha importancia no confundir esta razon superior con las razones escasas y variadas que deshonran la humanidad. Seguid con atencion la razon personal de un

hombre, la razon limitada de un cuerpo, de una ciudad, de un reino, veréis que se oponen á cualquiera verdad que les lastima, que se ofenden de cualquiera virtud descollante, que desechan toda idea generosa.

Porque eres rey de un gran pueblo, alcalde de una ciudad, presidente de una academia, crees que la razon está enfeudada en tus grandezas, sumisa á tus ambiciones!

Así las razones de familia, de casta, de tribu, de pueblo, son casi siempre las de intereses limitados y pasajeros: y dividen el globo en sociedades enemigas. La razon pura es universal; reune todos los hombres en la misma moral, junta á todos los pueblos bajo el mismo Dios, solo ella es la razon.

Para separarla de todo lo que no es ella, es necesario subir al principio primitivo de cada cosa: la razon es la deduccion de los hechos hasta llegar á su unidad, es la misma expresion del principio.

Pregunto á un salvaje sobre la existencia de Dios, me señala su fétiche (1). « Pero ¿quién ha hecho ese fétiche? — Yo, dice, yo he cortado una rama del árbol sagrado, y es mi dios. — ¿Y quién á ese árbol? —La tierra, á la cual por gratitud cubre con su sombra.—Muy bien; pero ¿quién ha hecho esa tierra, de cuyo seno salen las selvas y los bosques? — Ves, me dice, dirigiendo sus miradas al horizonte, allí al otro lado de las montañas azules reside el *grande espíritu.* » Así, de deduccion en deduccion el salvaje llega á todo lo mas grande que el espíritu humano puede concebir; su razon grosera, que se humillaba ante un fétiche, descubre de repente lo invisible, cree en él, reposa en él, toca al infinito.

Esta serie de deducciones es como un resúmen

(1) Llámase asi el ídolo de los negros.

de la historia general del mundo: todos los pueblos civilizados han pasado de la adoracion del fétiche á la adoracion de Dios, es decir, de un acto de inteligencia limitada, á una manifestacion de la razon universal.

Siguiendo ahora al mismo salvaje en medio de los bosques, veamos como la moral de su inteligencia limitada se irá poco á poco elevando hasta á los principios de la razon universal: caza para su familia, combate por su tribu; un bosque, cuyos límites le son conocidos, constituyen su universo; fuera de ahí, su razon no ve sino enemigos que vencer, y una presa que devorar.

Con algunos grados mas de civilizacion, la tribu errante hace alto; se aficiona al suelo, y este suelo se transforma en una patria que es necesario defender, y sobre todo que es menester honrar. Nacen entónces las ciencias, las artes, la política y la filosofía. La razon humana toma su vuelo; crece, pero sin salir de los límites que le traza el patriotismo, virtud reducida, virtud egoista, que concentra nuestros deberes en la ciudad, y que nos hace ciudadanos en lugar de hacernos hombres.

Es menester salvar estos límites, es menester guiar á todas esas masas de colonias y de tribus que tienden á dividir el mundo, á la razon universal, que tiende á reconstituir la familia del linaje humano. Del amor de la patria es menester pasar al amor del linaje humano. En este viaje largo y difícil, el hombre abandona sus preocupaciones, sus supersticiones, los sacrificios humanos, las venganzas nacionales, las guerras de conquistas, las guerras de religion, todas las especies de despotismos y de fanatismos. ¡Oh espectáculo digno de las miradas del cielo! á medida que la razon del linaje humano crece, los pueblos se unen, las armas caen de sus manos, y los hermanos se reconocen.

En la naturaleza no hay ni nobles, ni parias; ni amos, ni esclavos; ni franceses, ni ingleses, ni españoles: no hay sino hombres, hijos todos de un mismo padre: el cual está en el cielo. Bajo el imperio de esta elevada verdad, ¿qué pueblo se atreverá á vender esclavos? ¿qué nacion osará declarar guerra á otra nacion? ¿qué hombre se atreverá á despreciar otro hombre?

Ved ahí que empezamos á comprender la obra del Criador. Amamos á nuestra familia mas que á nosotros mismos, á nuestra patria mas que á nuestra familia, y al linaje humano mas que á nuestra patria. ¡Nuestra alma abraza el mundo, y aun quiere extenderse mas allá! De pueblo en pueblo ha llegado á la unidad de la familia humana, como de la contemplacion del fétiche del salvaje habia llegado á la unidad de Dios.

Aquí los teólogos de todos los dogmas, los doctores de todos los cultos, presentan una grave objecion. «Si desplegamos esta razon pura, dicen, destruimos la fe; la fe, único apoyo del hombre ante los hombres y ante su Dios. Con la antorcha de la fe disipamos los ejércitos, transportamos, por decirlo así, los montes, dominamos la carne y las pasiones. ¡Mostradnos pues tambien los prodigios de vuestra razon; los ejércitos que disipa, los montes que transporta, las pasiones que doma! La fe, decís, no es mas que una ilusion: pero esta ilusion constituye nuestra fuerza, y léjos de repugnar á la naturaleza del hombre, la completa, pues que responde á una facultad de su alma.» De este modo se sirven los teólogos del raciocinio contra la razon que les ofusca. Pero esas objeciones, que los sacerdotes de todas las religiones repiten desde el principio de los siglos, no indican sino riesgos imaginarios. La razon no destruye la fe; la dirige á cosas mas elevadas; de la reliquia de un

santo al poder de Dios, de la aparicion de un fantasma á las meditaciones de la otra vida, de los milagros dudosos de un visionario ó de un faquir á los perpetuos de la Providencia, que vela sobre nosotros. La razon destruye los errores que limitan la fe, y las preocupaciones que la desnaturalizan, al propio tiempo que abre nuestra alma á las verdades infinitas que nos enajenan y arrebatan.

No hay cosa mas reducida que los campos de la mentira: son cosa del hombre. Nada mas vasto que el campo de la verdad: es de Dios.

Así, á la faz de la razon, el imperio de la fe muy léjos de disminuir, va en aumento. Es cierto que no damos crédito á la palabra de un hombre, pero creemos en el poder del Criador. La fe pasa desde los milagros de madama de Saint-Amour y del príncipe Hohenlohë á los milagros de la creacion; de un ciego que vuelve á ver el sol, tocando el sepulcro de S. Pâris, al género humano que recibe la luz de las manos del Omnipotente.

El verdadero punto de vista es pues el conjunto de las cosas. De esta manera llegamos á los límites del pensamiento humano, y estos límites tocan por todos lados á Dios, que es la razon de todo.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.